

## Descubrió su Nombre Real llegando a los Sesenta

Una corta historia contada por Diego Pareja Heredia

*A Leslie Sophia, amante de las historias de tiempos idos.*

A mi madre, sus diez hijos, la llamábamos Mamá Zoila. Ocho de mi papá José Euclides Pareja y dos más de su segundo matrimonio con Germán Bolaños. Parece ficción que una viuda con ocho hijos, la mayor apenas de doce años pudiera sacar adelante una familia tan numerosa. Sin embargo a partir de 1942, las circunstancias de la vida le dieron el valor y la energía para afrontar las condiciones adversas que a partir de la muerte de mi papá tuvo que afrontar.

José Euclides Pareja, mi padre, aprendió la dentistería de modo empírico ayudando a uno de sus mejores amigos alrededor de los años veinte del pasado siglo, cuando esta profesión se ejercía sin mayores restricciones, en parte porque los odontólogos solamente tenían su asiento en las capitales. Su habilidad para el ejercicio manual lo heredó de nuestro abuelo Feliciano Pareja un emigrante antioqueño de la diáspora paisa de los años de 1880.

Al morir el amigo, su esposa ofreció a mi papá lo que el difunto dejaba, incluyendo toda su herramienta, la silla de extraer muelas y la máquina de pedal para calzas. Esta fue la herencia que cambió la vida profesional de mi papá, quien inicialmente se desempeñaba como barbero y terminó como sacamuelas y dentista. Como dentista de corte antiguo aprendió el manejo del oro dental muy apetecido principalmente por la población campesina que gustaba lucir sus prótesis con dientes de oro. En esos tiempos no se conocía aun el uso del acrílico y para la elaboración de las cajas de dientes se recurría al uso del caucho vulcanizado.

Cuando Zoila y José Euclides se casaron en 1929, mi papá ya había acumulado una pequeña fortuna que garantizaba suficiente solvencia como para iniciar un hogar con ciertas comodidades. Casa propia bien dispuesta, empleadas de servicio y alguno que otro lujo no común en ese tiempo. Un verdadero lujo era educar a sus hijos y él prometió a mi mamá que educaría a todos sus hijos y en particular a su primogénita Carmen Libia, quien se educó en la ciudad de Popayán.

San Pablo, por esa época, no tenía carreteable que la conectara con las ciudades más próximas. El punto más cercano para esperar transporte estaba a tres o cuatro horas a caballo. Mi mamá acompañaba a mi hermana al internado de las Josefinas de Popayán e iba a recogerla para vacaciones o al final del año académico. Esta rutina continuó aun después de la muerte de mi papá en 1942.

José Euclides Pareja, además de dentista fue un reconocido músico. Participó en la banda municipal como flautista y en varias agrupaciones musicales interpretando la guitarra, el tiple o la bandola. Según mi madre el ejercicio de la música fue su sentencia de muerte, pues con la música venía asociado el licor que lo llevaría a la muerte a una edad temprana. En una visita al médico en Popayán se le prohibió tomar trago por la probable aparición de

apendicitis. Después de violar esta prohibición vino una crisis fatal. El hospital más cercano estaba en Pasto a un día de camino que él no estuvo en condiciones de emprender y una peritonitis aguda le arrebató la vida. De ahí en adelante la vida de mi madre y su prole se convirtió en todo un desafío.

En los primeros años de matrimonio mi madre cuidaba de los niños y acompañaba a mi papá en el gabinete dental instalado en una de las piezas de la casa que daba a la calle. Ella fungía como ayudante en el proceso de extracciones dentales o en la preparación de las muflas o el encerado de los casos en proceso de convertirse en prótesis dentales. Ese permanente contacto con la profesión fue la tabla de salvación para los años que siguieron en su viudez. Desaparecido mi padre a mi mamá le tocó sortear las obligaciones profesionales en las que mi papá se había comprometido.

Con incontables dificultades logró mantener los clientes que mi papá dejó y también otros que venían de regiones tan distantes como San Lorenzo y Los Milagros en el Cauca. Acompañada y ayudada por empleadas de servicio pudo capear las dificultades inherentes a la conducción de su hogar. Dadas las condiciones en que mi papá dejó la economía doméstica, con un patrimonio que incluía casas, una finca y varios lotes, mi mamá empezó a ser acosada, no sólo por pretendientes sino también por familiares codiciosos que buscaban alguna tajada.

Doña Zoila Heredia Muñoz, como la llamaban en el pueblo, descubrió que no se llamaba Zoila sino hasta que logró, después de muchas vueltas, sacar su cédula de ciudadanía. En esos tiempos y en mi pueblo, nadie usaba la cédula para identificarse. Este era un documento exclusivo para varones mayores de veintiún años, casi siempre para votar en las urnas. Las mujeres no tenían ese privilegio. Por mi insistencia decidió acudir a la registraduría a tramitar el documento. Cuando niña, el único registro civil válido, era la partida de nacimiento que ella nunca conoció.

Jamás se le ocurrió ir a la parroquia a solicitar la partida de nacimiento y lo hizo únicamente porque se la exigieron en la registraduría. Y oh sorpresa, su nombre de pila era: Rosa Victoria Heredia Muñoz. Quedó sorprendida, pero a la vez contenta al sacudirse de un nombre, que según ella, nunca le gustó. Fue demasiado tarde porque todos sus clientes y más los del campo, por los años que residió en San Pablo, le seguían diciendo “Misiá Zoilita”.

La administración de sus propiedades y el cuidado de la familia era cada vez más difícil para una mujer viuda de 34 años. Alrededor de 1944 una pariente por el lado Pareja intervino discretamente para ayudar a mi mamá a aminorar la carga. Su papel fue el de Celestina para conseguir un nuevo marido para mi mamá. Sin embargo los episodios que rodearon este suceso ameritan otra nota, posiblemente más extensa que la presente y la dejaremos para otra oportunidad.

En Ollantay (Villa Ligia, Circasia Quindío), a 23 de junio de 2025.